

A CINCUENTA AÑOS DEL CONCILIO. LA IGLESIA EN EL MUNDO ACTUAL.- 2

1962 EN LA HISTORIA Y EN LA MEMORIA.

(PRIMERA PARTE)

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

La mirada retrospectiva sobre los años de 1962 a 1965 apunta sin duda al Concilio, gracias sobre todo al impulso de Su Santidad Benedicto XVI. La memoria mexicana de esos años, que ya puede mirarse como historia, presenta otras preocupaciones.

Abro las páginas aún no amarillentas de la revista “Señal”, la de los periodistas católicos de la Escuela “Carlos Septién García” Don José N. Chávez, Vicente Leñero, Miguel Ángel Granados Chapa y algunos más. Admira la calidad de su contenido, la apertura al mundo y la sensibilidad al pulso de la época. Con el lema de “la revista digna de entrar en su hogar”, proponía artículos de pensamiento, noticias de actualidad, entrevistas a personajes significativos y comentarios sobre espectáculos y deportes que interesaban tanto a quienes debían tomar decisiones como a hombres maduros y amas de casa. En tiempos de predominio total del régimen priísta y de la ideología todavía “revolucionaria”, se situaron sus escritores en clara distancia y respetuosa crítica. Me atrevo a pensar, que a pesar de que no se trataba de una revista “eclesiástica”, la mentalidad cosmopolita del arzobispo primado de México, Don Miguel Darío Miranda, se encontraba en su impulso y les daba confianza.

Algo, muy poco, se escribió sobre el Concilio en las horas previas a su celebración. Algunos artículos llegados de Francia, muy bien hechos, sobre las expectativas de la renovación litúrgica, el apostolado de los laicos ya no circunscrito a la Acción Católica ni concebido como “contribución al apostolado jerárquico” y algo acerca de la unidad de los cristianos, tema que desde el principio de su pontificado subrayó el Papa Juan XXIII.

Sin embargo, el tema dominante desde 1961 hasta bien entrado 1963 fue el peligro del comunismo.

Ya el Papa Pío XII había advertido de la incompatibilidad entre la profesión de fe católica con la militancia en partidos socialistas o comunistas y, más a fondo, de la condición atea de la doctrina básica del comunismo. La persecución a los católicos polacos y de otras áreas dominadas por la Unión Soviética en el Este europeo, el caso de China y el martirio de no pocos sacerdotes y obispos era algo que laceraba el mismo corazón de la Iglesia y la condición de “Iglesia del silencio” de esas comunidades hacía sufrir a todos. El

murmullo de la oración, sin embargo, se escuchaba también en templos y hogares y abría un portillo a la esperanza.

En México el peligro se vio distante mucho tiempo, a pesar de que las doctrinas socialistas y los miembros del Partido Comunista —entidad no reconocida oficialmente— tenían áreas importantes de presencia y difusión como, por ejemplo, las Normales Rurales.

Sin embargo, a partir de que la revolución cubana mostró en 1960 tanto en sus dirigentes como en sus líneas de acción los rasgos de un régimen comunista (colectivización del trabajo agrícola, estatización de las entidades productivas, organización de “células” de información, concentración del poder en los miembros del partido) y sobre todo su ataque directo a la educación no dirigida por el gobierno y a la práctica de la religión, el peligro se veía cercano.

De esa manera, en México, la vista de los católicos se aguzó para descubrir las señales de una “importación” del estilo cubano y organizar un frente de resistencia que fuera no sólo de ataque o confrontación, sino que intensificara la formación cristiana y la vivencia de los valores propios del seguimiento de Jesucristo.

La Acción Católica Mexicana y algunos otros organismos se comprometieron en una campaña que, bajo el lema: “¡Cristianismo sí! ¡Comunismo no!” tuvo una recepción extraordinaria. Se organizaron concentraciones masivas por todo el país, más de una en el extenso atrio de la basílica de Guadalupe, se repartieron volantes y en lomas y cerros se pintó con cal el lema o su concentración en la cruz afirmada y la hoz y el martillo negados. Tengo nítida en la memoria la pinta en el “Cerro de la Cruz” de Tepic en esas fechas.

La revista “Señal” dedicó abundantes reportajes noticiosos, entrevistas y artículos de procedencia internacional y nacional a crear conciencia al respecto así como a difundir algunas de las cartas pastorales de los obispos mexicanos sobre el tema. También —y fue un punto de aguda observación política— siguió con cuidado la postura en evolución de las palabras del presidente López Mateos (de “extrema izquierda” a “atinada izquierda” pasando por “izquierda dentro de la constitución”) y de la cancillería mexicana en la OEA acerca de la “no intervención” y “autodeterminación de los pueblos.”

Un cintillo rojo con el lema arriba indicado envolvió por más de un año las portadas de “Señal.”

El peligro comunista, pues, opacó el interés por el Concilio.